



REVISTA DE LIBROS

Dossier: *Soviets en Buenos Aires*

Pittaluga, Roberto: *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires, Prometeo, 2015.*

Roberto Pittaluga

Universidad Nacional de La Pampa / Universidad de Buenos Aires

Bueno, no me queda nada para decir. Esto es lo bueno de convocar amigos para que hagan la presentación. Las intervenciones de Pablo y de Patricio, además de exposiciones inteligentes y reflexivas, me han sorprendido porque han planteado una serie de descubrimientos que ignoraba que estuvieran en este libro.

En principio quisiera retomar dos cosas de las tantas que dijeron Pablo y Patricio. La primera es sobre la forma de este libro, que antes de serlo fue una tesis. Efectivamente, cuando pensé el trabajo y cómo esa investigación se plasmaba en un texto, no tenía ninguna preocupación por el formato tesis. Y es que no me interesaba hacer una tesis al estilo de las académicas que circulan actualmente; lo que me interesaba era escribir algo con lo que sentirme satisfecho y que, en todo caso, abriera alguna posibilidad de discusión —como dijo Pablo— sobre la actualidad de los problemas propuestos en el —ahora— libro. En otras palabras, mi preocupación pasaba por pensar una escritura que, de alguna manera, hiciera justicia a la forma en que esas problemáticas se abrieron paso, más o menos explícitamente, en el universo de la izquierda de la Argentina cuando la revo-

* Exposición oral en la presentación del libro *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, sala Juan L. Ortiz de la Biblioteca Nacional, el 11 de marzo de 2016.

lución sacudió sus tramas conceptuales, sus formaciones identitarias, sus temáticas, sus imaginarios y sus representaciones. Una preocupación por las correlaciones entre una forma de escritura historiográfica y unas formas de emergencia histórica de cuestiones que generalmente no son problematizadas y/o permanecen larvadas, bloqueadas como tales. Y por añadidura, precisamente por esas preocupaciones, siempre pensé que la investigación iba a ir a parar a internet, no imaginaba que pudiera salir en papel —por el volumen y por el formato—. Pero tuve la suerte de que tanto Raúl Carioli por la editorial Prometeo, como Raúl Fradkin, quien lo leyó y lo sugirió para su colección, decidieran mantenerlo tal cual yo quisiera, una cosa extraña en la política editorial argentina de hoy.

La otra cuestión a la que quería referirme es el señalamiento que hace Pablo sobre el libro como una especie de respuesta al *Manifiesto de octubre*. Me agrada sobremanera que se haga esta filiación con este manifiesto. Está presente Javier [Trímboli], sentado por allí atrás, que hasta donde sé fue uno de los principales redactores de ese manifiesto que en el ámbito de la historiografía fue muy importante. En ese momento estaba cursando la carrera de historia —yo entré tarde a la carrera y cuando hace unos momentos Pablo hablaba del libro como una suerte de obra de ingeniería, me causaba gracia porque me traía a la memoria un pasado abandonado, que son mis años de estudio en la carrera de Ingeniería—. Decía que estaba cursando la carrera de historia y en ese momento me identifiqué mucho con el diagnóstico que se hacía en el *Manifiesto de Octubre* y la apuesta política que había detrás de ese diagnóstico, y recuerdo haberme sumado a las reuniones que siguieron a su publicación, algunas muy numerosas, compuestas básicamente por estudiantes o graduados recientes, todo ello con el propósito de incidir en una transformación de los estudios históricos académicos, de recuperar las preguntas políticas y la mirada sobre los conflictos para devolverle a la historiografía su capacidad de incidencia. Lamentablemente creo que esa iniciativa no tuvo resultados fructíferos, por lo menos no los tuvo en el mundo académico, según mi opinión. Que mi libro sea leído filiándolo en esa experiencia es algo que me agrada, y mucho.

Como las intervenciones de Patricio y Pablo, aunque un poco exageradas en los elogios, han sido muy claras, han ido al hueso, y son complementarias entre sí para presentar lo fundamental del libro, quisiera entonces seguir haciendo algunas referencias laterales.

Hay un autor que está detrás del trabajo, que no aparece tanto en el texto sino sobre todo paratextualmente, pero que tiene una presencia fundamental, y es Walter Benjamin. Hay varios autores-guía, para decirlo de algún modo, que conforman un conjunto de lecturas no sistemáticas pero que han sido esenciales a la hora de pensar las problemáticas. Karl Marx, Jacques Rancière, Judith Butler, Georges Didi-Huberman, Giorgio Agamben, Susan Buck-Morss, Reinhart Koselleck, Paul Ricoeur, José Sazbón. Pero el lugar de la obra benjaminiana es especial. En cierta medida, porque la cuestión narrativa fue una preocupación desde el inicio de la investigación, y el formato de escritura historiográfico propio de los estudios académicos no me convencía en la medida en que es, mayoritariamente, de tipo descriptivo, y que además realiza un procedimiento de sustitución de la textualidad documental de las fuentes. Éstas son reemplazadas por la palabra historiadora, y como decía de Certeau, remitidas a un segundo texto, el de las notas a pie; es decir, las voces primeras son secundarizadas en el texto historiográfico al reenviarlas a un segundo cuerpo textual, las notas a pie, que ofician de referencia y certificación, pero el texto mismo de las fuentes ha sido sustituido por un texto propio del investigador o la investigadora. Entonces, lo que se me presentaba en la pregunta por la narración eran dos cuestiones: ¿cómo darle un lugar principal a las fuentes mismas, a su consideración como instancias de significación producidas por los protagonistas sin relegarlas o sustituirlas? Y, relacionado a esto, ¿cómo escribir de modo de recuperar esa dimensión productiva desde el punto de vista del conocimiento, y sin la cual no hay historiografía, que es su dimensión literaria?

La carrera de historia, en general, no te prepara para escribir; o, mejor dicho, te entrena para un tipo de escritura, de producción de textos casi en formato planilla, con una estructura que se repite, y con modalidades escriturarias reconocibles por los colegas y aptas para la publicación en las revistas académicas que también tienen formatos cada vez más estipulados y normalizados. Y así como los textos de historia se convierten en una suerte de relatos fácticos legitimados en un segundo texto que son las referencias documentales, tampoco los historiadores y las historiadoras sabemos *trabajar con la textualidad misma de las fuentes* (por eso su reducción a dato). Las fuentes quedan entonces circunscriptas a modalidades normalizadas de lectura que omiten su aspecto literario, textual. Y la escritura historiográfica duplica esa normalización en su propio discurso. La llamada “crítica de fuentes” reducida a recopilación de datos; la producción historiográfica a una

puesta descriptiva de los mismos. El dispositivo institucional fortalece esta lógica, y la llamada carrera —todo un síntoma— académica, también. Por supuesto, estoy esquematizando el problema, y hay textos, libros de historia que eluden con virtuosismo estos obstáculos y se convierten en obras de referencia para otra historiografía. Aunque aquí no pueda extenderme mucho (y aún teniendo en cuenta la antigua preocupación de la historia por diferenciarse de la literatura —¿en qué se distingue la historia de la literatura si ambas narran?, pregunta Ricœur antes de desmontar los dispositivos de cierto narrativismo de las últimas décadas—), según yo entiendo la problemática, esta revocación de la faz literaria de la historiografía implicaba una pérdida en términos cognoscitivos, un perjuicio en la generación de saber sobre el pasado.

Todo este rodeo es para decir que Walter Benjamin tenía una posición y una respuesta a esta doble preocupación, digamos, narrativa, que tenía yo en los inicios del trabajo. Mi primer idea era que mi tesis iba a ser una secuencia de citas, una atrás de otra, a lo sumo intercalada con algún comentario —por supuesto, la abandoné rápidamente por su evidente ingenuidad—. Pero de todos modos, esa idea trabajó como modelo subyacente, en el sentido de que la preocupación durante toda la escritura del trabajo era cómo hilvanar una cita con otra cita, una fuente con otra fuente. Porque eso permitía lo que han dicho Pablo y Patricio, quebrar una forma tradicional de abordar esto que llamamos objeto, reposicionar allí a los sujetos generadores de significaciones, representaciones, narrativas, interpretaciones, vale decir, apostar a la puesta en primer plano de sus experiencias, que es como ellos y ellas reflexionaron y actuaron sobre un campo de acontecimientos y determinaciones. Todo esto sin sustancializarlos, porque justamente la revolución implicaba un sacudimiento de esas sustancializaciones que los configuran identitariamente; al contrario, tratando de mostrar distintos modos de subjetivación antagonistas entre sí, que interrumpían el mundo de representación de la izquierda (y en esa medida actuaban sintomáticamente). Por eso no es fácil, en esa coyuntura de la primera posguerra —que arranca un poco antes de 1917— hablar de “izquierda argentina”, que es lo que traían a colación Patricio y Pablo, porque ni el contexto de enunciación ni las posiciones asumidas pueden ser captadas bajo esa denominación. Como tampoco son claras las denominaciones “anarquista”, “socialista”, “comunista” o “sindicalista revolucionario” en los aspectos, nodales, que presento en el libro; trabajar sobre las citas, poniéndolas en primer plano, actuando como una suerte de costurero que va hilvanando, me permiti-

tía hacer aflorar esas problemáticas no siempre visualizadas y a la vez arrancar a las fuentes de las restricciones de una especie de ecdótica que no las propone realmente como fuentes, es decir, como emergencia de significaciones. Tal vez un ejemplo sea más claro para esto último que estoy comentando. En su largo estudio introductorio a la selección documental de *Vida y muerte de la República verdadera, 1916-1930*¹, Tulio Halperin Donghi señala lo que considera una confusión en la traducción de “bolchevique” por “maximalista”, pero no se pregunta por esa “confusión”; no es que no se supiera que bolchevique y menchevique referían a mayoría y minoría, por el contrario, hay suficientes textos que lo aclaran en aquel mismo momento. De modo que lo que hay que explicar es la perduración y aun la dilatación del sentido del término en referencia a las máximas aspiraciones de transformación social, es decir, hay que atender a la multiplicación de esa palabra, maximalismo por bolchevique, para dar cuenta de una experiencia que desborda la significación literal. Para Halperin Donghi el problema se resuelve en un equívoco; pienso que la permanencia del “equívoco” es ella misma portadora de significación; más que despachar la palabra maximalista, hay que ponerla a trabajar en la trama de sentidos gestados por esa militancia, ese activismo que se siente interpelado por la revolución. Se trata, entonces, de un trabajo de construcción textual como si fuera un tejido. Lo que permite poner en primer plano voces que en general aparecen opacadas, relegadas o apenas referidas, y darle al historiador ese lugar de *fictor*, de constructor de la ficción, de la narración, en el sentido de un proceso constructivo a partir de un universo documental que se presenta como nebuloso, informe.

Ese carácter informe de la documentación epocal es visualizable si uno se aparta de cierta tradición de los estudios históricos. Pues podríamos decir que hay un modo como tradicional de abordar la historia de la izquierda o del movimiento obrero, que ha dado lugar a obras importantes y esclarecedoras. Son historias construidas a partir de tradiciones heredadas (la historia de los anarquistas, la historia de los socialistas, etc., o de la formación de agrupamientos obreros y/o corrientes rivales en el seno de la clase trabajadora) y en todo caso luego puestas en relación. Lo que yo encontraba en esta búsqueda por hilvanar lo dicho, anudando la cita de un socialista con la de un anarquista o un comunista, la de un sindicalista revolucionario con la de un intelectual, la de

1 Halperin Donghi, Tulio: *Vida y muerte de la República verdadera (1916-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 2000.

un estudiante reformista con la de un portuario o un dirigente agrario, era que más allá (o más acá) de esas construcciones identitarias aparecían otro tipo de particiones, otro tipo de alineamientos, y que ese tipo de alineamientos eran mucho más interesantes desde el punto de vista político, desde el punto de vista histórico y a la vez desde el punto de vista de la actualidad, para pensar otra historia de la izquierda, y que daban lugar a otro ángulo para pensar esa historia como otra historia. Para poder llevar adelante esta orientación de la investigación era preciso, como decía, estar atento al texto, a lo dicho. Ir más allá de la utilización de las fuentes como datos para encararlas como esas modalidades discursivas y representativas por las cuales los sujetos construyen, elaboran, su experiencia. Ahora bien, esto implicaba, además, que hay ciertas significaciones que están más allá de las intenciones del enunciador, que el enunciado porta sentidos larvados que no siempre son visualizables por los mismos enunciadore; se trata de una dimensión del texto que escapa a la propia autoría, que remite tanto a las cualidades performativas del texto como a las posibilidades de un enunciado de exceder la propia situación de enunciación, abriendo significaciones inéditas y con ello modificando la situación misma —aquella tanto como la actual situación—. Consisten en pasados bloqueados, ocultos, agazapados, con sus correspondientes futuros posibles, potenciales, cuyo desbloqueo, cuya inteligibilidad es sólo retrospectiva. Ése era para mí el posible juego de actualización entre nuestro presente y aquel momento preciso, esa coyuntura, esa situación de la primera posguerra estremecida por la revolución —una conmoción que es particularmente honda en la izquierda y los trabajadores—.

Es un momento particular que por lo general la historiografía académica ha dejado como en una zona de sombras. Aun cuando hay trabajos de investigación sobre la conflictividad social y política en esos años que van desde el inicio de la huelga marítima a fines de 1916 hasta los años 1921-22, hay varios libros y artículos sobre la semana trágica, está la obra de Bayer sobre las huelgas patagónicas, y algunas otras producciones historiográficas que van en el mismo sentido, lo que falta es una interpretación de ese momento como apertura, como potencial bifurcación de la historia. Y esto es así porque predomina un sentido común historiográfico por el cual aquello que no tuvo continuidad no tiene entonces relevancia, o a lo sumo queda como pasado muerto que puede ser investigado pero sin conexiones con la actualidad ni con la posibilidad de mirar de otro modo el pasado, de cambiar el ángulo de la perspectiva. Recuerdo que hace años un profesor a

quien entregué un trabajo de seminario me dijo: “Usted está dándole demasiada importancia a la Comuna de París —en realidad no era yo, era una afirmación de Hobsbawm— pero ¿cuál fue la importancia de la Comuna, que duró apenas unas semanas? Fue un episodio, no más”. Claro, si lo que se considera relevante es la historia de cierto régimen de representación política, la democracia parlamentaria que se consolida a fines del siglo XIX y principios del XX, la Comuna de París no fue más que un breve despertar de los oprimidos, un momento emancipador sin continuidad fáctica luego de la tremenda represión sufrida y la derrota del experimento *communard*. Pero, como alguna vez dijo Cornelius Castoriadis, esos son los momentos interesantes de la historia, breves, pero los que hay que atesorar y en los que hay que volver a pensar. Y la primera posguerra fue uno de esos momentos a recuperar, un breve momento en el cual la revolución toca las puertas de la izquierda, y la sacude, convulsiona toda su tradición. Puede parecer que los debates que se instalan con la revolución en Rusia son debates antiguos, del tipo reforma o revolución, si esta Internacional o aquella otra, sindicatos o partidos, etc. Pero detrás de esos debates aparecen otros, que también son antiguos pero que generalmente no se pueden hacer explícitos. Que en situaciones de poca intensidad, apenas si son detectables, pero que en períodos en que la izquierda queda como astillada, y la propia idea de revolución también se astilla en cierta medida, esos debates pueden ser contruidos por la mirada historiadora.

El libro se abre con una breve cita de Benjamin que dice “desde Moscú se aprende más rápido a ver Berlín”. Una frase de gran alcance historiográfico, teórico y político. Yo tomé eso como una guía para hacer el trabajo: “Desde Moscú se aprende más rápido a saber lo que pasa en Buenos Aires”. ¿Qué significaba “se aprende más rápido”? Al menos dos cosas, me parece. Una, como venía diciendo, que la revolución abre un campo de inteligibilidad en los distintos universos socio-culturales que antes no era visible. Abre un campo a una visualidad que antes estaba bajo un régimen de invisibilidad que la obturaba. La revolución permite eso porque descompone en un acto los regímenes de inteligibilidad, de visibilidad, de significación hegemónicos. Pero esa descomposición no implica necesariamente que todas las problemáticas tenga el mismo ritmo, que surjan sincrónicamente; por el contrario, como mencionaba Pablo, hay ciertas cuestiones que “se demoran” respecto de otras, por caso las discusiones sobre las vanguardias artísticas, sobre la relación entre arte y revolución, sobre las transformaciones culturales y sociales que impulsaba el régimen

de los soviets. Hay discusiones que tienen cadencias diferentes, por ejemplo, las relacionadas con los derechos de las mujeres (lo que se denominaba aquí como “código bolchevique del matrimonio” o la legalización del aborto) respecto de aquellas que se interrogan sobre qué tipo de régimen político hay en Rusia o qué es eso que se denomina *soviet*. Por eso el libro no está organizado cronológicamente, ni en términos de periodización ni narrativamente.

Por otro lado, en esta intención de hilvanar las fuentes directas, transcribirlas, me encontraba con que la palabra en el universo de la izquierda está desigualmente distribuida. Si uno toma las fuentes sobre Rusia, como apuntaba Pablo cuando decía que tal persona aparece tantas veces en el libro, etc., hay autores que escribieron muchos artículos o dieron varias conferencias luego transcritas —y cuyos textos muchas veces se publican más de una vez en distintos formatos o diferentes publicaciones— mientras otros —aquellos que generalmente no escriben ni dan conferencias— hicieron una o dos intervenciones. Pero de estos últimos también hay muchos, y muy variados. Entonces, hay una cantidad profusa de textos debidos a las plumas principales de estirpe socialista, anarquista, comunista, sindicalista, y luego una multitud de textos de autores poco conocidos o directamente desconocidos. Lo que yo no quería era establecer algo así como un rango, una jerarquía, donde lo dicho por Ingenieros, de Tomaso o Abad de Santillán fuera más relevante que aquello que dijera un militante que firma con seudónimo y del cual nunca pude averiguar el nombre. Yo quería incorporar esas otras voces al mismo nivel, como registros equivalentes, más allá del grado de elaboración de cada autor o autora. En muchos casos, esas voces como esporádicas pero que sumadas hacen multitud, son voces disidentes. Son hombres y mujeres que vienen a decir algo diferente, y por ahí lo dicen una sola vez, y eso queda como perdido, como una intervención, una reflexión, una opinión solitaria, anómala, no representativa del conjunto de las opiniones mayoritarias. Tenemos la tendencia a pensar que lo que se repite es, por representativo, más relevante. Sin dejar de registrar esas repeticiones, me interesaba contraponerlas a esas anómalas, esporádicas, solitarias interpretaciones que no son representativas de la opinión consolidada, establecida, sino sus contradictoras. Pensamientos y opiniones que cortan las creencias y las ideas representativas; esa impugnación de los saberes establecidos posibilita el acceso a otra historia, esa historia larvada, subyacente de la que antes hablaba. Muchas veces esa impugnación no es el propósito buscado por los autores, que creen estar diciendo lo mismo que sus interlocutores.

Entonces puede parecer que ese plus de significación por el cual cierta palabra viene a contradecir identidades, pensamientos sobre la política, representaciones, etc., está puesto por el investigador, es decir, por mí. Y, en cierta medida, es así. Yo asumo esa toma de posición que es la que permite indagar de otro modo las fuentes, lo dicho, que ilumina aspectos que de otro modo permanecerían en la oscuridad, ocultos. Es el otro sentido de la cita “desde Moscú se aprende más rápido a ver Berlín”. “Desde Moscú” quiere decir “hay que tomar posición”, “hay que pararse en Moscú”. Ese es el otro sentido en que yo entiendo la frase de Benjamin. “Hay que pararse en Moscú”, o sea hay que tener una posición fijada, que es la que posibilita la actualización de esos pasados olvidados, sepultados, no escritos. Esa toma de posición es la que permite, pienso, escribir una historia tal como ella nunca fue escrita, porque vencida.

Pero, pienso también, que hacerse cargo de la tradición de izquierda no es sólo asumir aquella en la que se recuperen esos pasados autonomistas, autogestionarios, esos procesos de subjetivación alternativa, que efectivamente tienen que ver con sueños utópicos o sueños revolucionarios. También hay que hacerse cargo de esas otras voces de la izquierda que nos disgustan, o sea, aquellas que cerraron filas contra la revolución en Rusia, que rápidamente —luego de la caída del gobierno provisional— escribieron para desacreditarla y que cerraron los debates en la izquierda apelando a la fuerza, a las jerarquías, a las posiciones de poder (partidario, parlamentario, en la prensa propia, etc.), y cuyos resultados fueron la expulsión de militantes o la disolución de grupos de militantes que se inspiraban en la revolución para establecer otras formas de la política en el ámbito de las izquierdas locales.

Estas cuestiones quería mencionar, agradeciendo a Pablo y a Patricio sus brillantes presentaciones. No sé si alguien quiere opinar o preguntar algo.